

incrédulos en el diccionario filosófico, y la obra titulada nueva libertad de pensar: pues en la ciencia de Dios y la de los astrónomos, solo hay diferencia en algo mas ó menos. Si el curso de los astros fuera siempre regular y las observaciones justas, se podrían seguramente predecir todos los eclipses que hubiera desde hoy hasta el fin del mundo, mas si los astros tubieran en si la libertad de variar su carrera sin orden ni regla, jamas se podría con seguridad predecir un eclipse; pues del mismo modo no pueden preverse las acciones futuras de un hombre, por ser libre para obrar de un modo, ó del opuesto, ó abstenerse de la operacion. Asi pues, no pertenece á la grandeza de Dios el prever las acciones futuras del hombre; porque habiendo dotado á este de libertad, el mismo Dios hizo que las acciones libres se ocultaran á toda prevision. ¿Qué se seguiria si Dios viera anticipadamente los futuros libres? que la libertad se extinguiria; pues si Dios sabe, por ejemplo, que un hombre ha de pecar mañana siendo su ciencia infalible, el pecado seria necesario.

La respuesta de estas objeciones es muy sencilla, y basta conocer la diferencia que hay entre Dios y las criaturas, para demostrar la falsedad del raciocinio de estos incrédulos.

Dios es un Sér eterno, que no tubo principio ni tendrá fin: su eternidad es indivisible é inmóvil, ve correr los tiempos á su presencia, sin que toquen en ninguna manera

su Sér. Nada es futuro respecto de Dios, quien por su eternidad indivisible está igualmente presente á todos los tiempos, cuya sucesion y division solo tiene lugar en nosotros que tenemos una existencia limitada y pasajera. Dios con una ojeada vé lo presente, pasado y futuro; y el que es por venir para nosotros no lo es para Dios, cuya eternidad abraza á todos los siglos: por esto decia san Agustín, que „Dios puede mudar las cosas temporales sin mudarse así mismo, que con una misma ojeada conoce lo futuro y lo pasado, los votos que le serán dirigidos y los que escucha actualmente.“ Estando pues Dios presente á todos los tiempos, es evidente que prevé con toda claridad los futuros. Demas, si nosotros prevenimos los fenómenos físicos en sus causas, aunque ellos todavia no existan: si muchas veces conjeturamos fundadamente las acciones futuras de los hombres, atendiendo al caracter de ellos y las circunstancias en que puedan hallarse; ¿Dios con una ciencia infinita, Dios que penetra hasta el fondo del corazon del hombre, que vé con tanta claridad el tiempo presente como el porvenir, no conocerá infaliblemente las acciones futuras?

La diferencia que hay entre la ciencia de Dios y la de los astrónomos, no es solo de mas ó menos, como quiere el incrédulo; es una diferencia esencial, ya porque en Dios todo está presente y no hay pasado ni futuro;

ya porque todo lo vé con una simple ojeada sin engañarse, y porque su ciencia es esencialmente infinita, lo que no se puede encontrar en el astrónomo mas sabio.

Es tambien falso que la prevision de Dios imponga alguna necesidad á los futuros libres, pues Dios los previó como realmente debe suceder; estos han de ser libres, pues así los conoció desde la eternidad, y sabiendo Dios infaliblemente que un hombre ha de pecar mañana, no por esto será necesario el pecado de este hombre, porque Dios ha previsto el pecado, porque como hemos dicho, tiene todos los tiempos presentes, y ha conocido, que el hombre libremente ha de inclinarse al crimen. Sobre este punto los pueblos mas estúpidos han pensado mejor de Dios, que estos filósofos cuya estolidéz, y arrogancia es toda su sabiduría.

Rousseau en su Emilio, el autor del sistema de la naturaleza, y Bolingbrot dicen que Dios no atiende á nuestras preces: que pedirle bienes espirituales ó temporales es pedirle milagros, que es querer que mude el curso natural de las cosas, y que revoque los decretos que ha hecho desde la eternidad.

Es verdad que Dios dirige todas las cosas por sus decretos eternos, que todo lo que sucede en el mundo antes de todos los siglos habia determinado hacerlo, ó permitirlo; y que no ha hecho nuevo arreglo de cosas en tiempo, porque no es como el hijo del hombre,

para mudarse; pero en la misma eternidad dispuso el dar oídos á nuestras súplicas; esto entra en el orden comun de la providencia, y cuando le pedimos una gracia, y la conseguimos, ya tenia decretado el concedérnosla.

Algunas veces se ven admirables derogaciones de las leyes naturales y brillantes prodigios, como en Egipto cuando Moises sacó á Israel de la servidumbre de Faraon, en la Palestina cuando Jesucristo andaba por los pueblos haciendo bien y sanando á todos, y en los países en donde los apóstoles predicaban el evangelio y los mártires sellaban con su sangre la verdad de su creencia; mas estas derogaciones del orden comun no importan en Dios mutacion alguna; pues ya desde la eternidad habia decretado suspender las leyes comunes de la naturaleza en ciertos tiempos y circunstancias.

Mas estos prodigios asombrosos no son los que nosotros pretendemos cuando frecuentemente ocurrimos á Dios en nuestras necesidades, ni el que en una enfermedad pide la salud, quiere una sanidad repentina como la de la hija de la Cananea, pues lo que ordinariamente se pide es que los remedios que se apliquen sean acertados para que puedan surtir todo el efecto que se desea; y últimamente, aun cuando se pidiera á Dios que milagrosamente nos librara de algun mal, no tenemos alguna prohibicion para hacerlo, como sea

con una humilde sumision á su soberana voluntad.

¿Pero en las mismas súplicas de los hombres, (añaden los incrédulos) no se hallan monstruosas contradicciones? ¿Escuchara Dios peticiones absurdas? pedir la serenidad ó la lluvia, el que cese una epidemia y otras cosas de esta naturaleza, que son efectos necesarios de las causas físicas; no es pedir la inversion del orden natural establecido? Dios hizo al mundo, le ordenó, y dejó que caminara obedeciendo las leyes primitivas, así como el relojero, que hace el reloj, le dá cuerda, y deja que por su juego mecánico se mueva, y marque las divisiones de los tiempos. Por otra parte los mismos hombres no piden frecuentemente cosas contradictorias? uno quiere el tiempo sereno; el otro la lluvia; aquel ganar un pleito á su contrario, y este quiere la decision á su favor. ¿Y se ocupará Dios en escuchar estos votos insensatos de los mortales? Estos llegan á pedir lo que está en mano de los mismos; por esto decia el autor del Emilio, pedir á Dios que mude mi voluntad, es pedirle lo que él manda que yo haga, y es querer que él haga mi obra, y yo reciba el salario.... ¿Por qué pedirle el poder de hacer bien? ¿no me ha dado ya esta facultad?

He aquí un tejido de sofismas, que ultrajan altamente á la divinidad: daremos á cada uno su respuesta. Pedir á Dios la lluvia, la serenidad, ó que nos libre de una epidemia

¿y nada nada tiene de absurdo. Nosotros ignoramos hasta que punto influye la accion inmediata de Dios en los fenomenos naturales, ni los filósofos despues de profundas meditaciones llegaran á saberlo jamas. Dios puede, sin necesidad de tomarnos parecer, modificar su accion, como le agrada. Cuando una furiosa tempestad se disipa, cuando un terremoto cesa, cuando el mar embravecido se aquieta, y cuando una peste acaba, ¿podremos asegurar, sin miedo de errar, que Dios no ha influido inmediata y especialmente en esto? ¿quien ha marcado sus operaciones? ¿quien es sabedor de sus decretos? ¿quien finalmente, es su consejero? si ninguno puede atreverse á decir, que él ha penetrado los secretos del Altisimo; ¿por qué no podrá un hombre racional acudir en las necesidades públicas y privadas, á pedirle su auxilio? Nuestras preces no solo se dirigen á pedir el remedio de aquel mal; sino á que si no es del agrado de Dios sacarnos de la calamidad; nos conceda la gracia, para sufrirla con paciencia, y aprovecharnos de ella para nuestra eterna salud. Esta gracia aunque sobrenatural pero entra en el orden comun de la providencia, y últimamente como es un Padre tierno, que está cerca de los que de veras le invocan, puede hacer, y efectivamente hace muchas veces milagros para premiar la fé, y confianza con que le piden sus hijos. Ya hemos dicho que la voluntad de Dios es tan eficaz, que con solo querer obra; de aquí se si-

que que por la perpetua voluntad que tiené de que el órden físico continúe como en el principio del mundo, está conservándolo continuamente sin olvidarse un momento de su obra.

Los filósofos modernos semejantes á los idólatras, siempre indican un temor de que Dios se canse en sus operaciones, y forjan sus blasfemos é impios sistemas para aliviarlo y distraerlo de sus trabajos. Esas supuestas contradicciones en las súplicas de los mortales no las hay en realidad; pues cuando se le pide á Dios racionalmente un beneficio, siempre es con la condicion de que sea de su divino agrado; y el pedir, y pedir de este modo Dios nos lo manda para que reconozcamos la dependencia que en todo tenemos de su Sér infinito, y la resignacion con que debemos sugetarnos á su voluntad: y asi tanto el que pide una cosa y el que pretende lo contrario, obran racionalmente y como las preces se sujetan á la voluntad de un Dios, nada tienen de contradictorias, pues el mismo Dios oyendo las súplicas de ambos dará á cada uno lo que sea justo, conveniente y útil á ellos mismos.

El argumento del Emilio, está resuelto por el mismo autor, quien dice «la sola cosa que yo espero de su justicia, (de Dios) es volver de mi error si me he extraviado; y si este error es peligroso... él solo puede sanarme.» Segun este autor impío, Dios puede ilustrar al entendimiento, separarlo de las sendas

del error y ponerlo en el camino de la verdad; ¿y el que puede ilustrar un entendimiento limitado, no podrá mover una voluntad débil? si lo primero no es indigno de las perfecciones de su Sér ¿por qué será lo segundo? demas, para que el hombre se separe del error no le basta el que la verdad se presente al entendimiento, es preciso que la voluntad se mueva á abrazarla; pues si esto falta, aun cuando se presente un gran golpe de luz al entendimiento solo sirve para encandilarlo, y no para convencerlo. (1) Luego si segun Juan Santiago solo Dios puede sanarlo del error; tambien puede Dios mover la voluntad comp ilustrar al entendimiento.

Ultimamente las acciones de virtud son obras de Dios y nuestras, porque vienen de la gracia y de nuestra voluntad, sin que una causa perjudique á la otra. Cuando hablemos

(1) En el mismo Rousseau se ha visto confirmada esta verdad; pues muchas veces el veía su error; pero por su voluntad depravada, no se separaba de él, y si lo confesaba en un instante, al siguiente se afirmaba más en él. Lo mismo vemos en algunos escritores de nuestros dias, á quienes con argumentos victoriosos se les ha manifestado el error en que se hallan, y sin poder responder satisfactoriamente, repiten sus fútiles ratiocinios, que acompañados de las palabras de moda, fanatismo, supersticion, libertad, curia romana avara &c. &c. no quieren dar oído á la verdad. Estos son semejantes á aquel pueblo de quien habló el Señor cuando dijo á Isaias, *vé y dirás á este pueblo; oíd mi dicho y no lo entendéis, y ved la vision y no la conocéis.* P. Scio.

de la libertad humana y el mérito de las buenas obras trataremos este punto con toda la estension y detenimiento, que ecsije una materia tan delicada.

Shafresburi propone esta objecion. Es un absurdo pensar que el hombre pueda ofender á Dios. ¿Acaso un ser soberano, feliz é independiente puede ser ofendido por qualquiera cosa? ¿Un ser tan vil qual es el hombre, que á los ojos de la divinidad no es sino un átomo, podrá causarle desagrado y turbar su eterno reposo?

El abuso de la palabra ofender hace toda la fuerza del argumento. El autor del sistema de la naturaleza, que ha escrito con tanto calor y atrevimiento contra Dios, conviene en que ha criado agentes libres y racionales, que les ha dado leyes, establecido penas para los prevaricadores y recompensas para los corazones dóciles; que Dios quien jamas se contradice aprueba y recompensa las acciones que son conformes á sus leyes; y desaprueba y castiga las que son contrarias á ellas. En este sentido es en el que decimos que el hombre puede ofender á Dios. El ha dado sus leyes á la criatura racional, no para utilidad del mismo Dios: sino para la de la criatura: cuando se dice que la infraccion de las dichas leyes ofende al legislador, no es en el sentido de que la infraccion turbe su reposo que es inalterable; lo que se da á entender es que se turba el

orden establecido para el bien comun. Mas para espresar la conducta de Dios, para hacernos entender, nos vemos precisados á emplear el lenguaje humano, y los terminos, que usamos respecto de los hombres. De lo dicho se infiere: que Dios ofendido por la criatura no ha perdido su felicidad, ni se le ha disminuido: ve la accion contra la ley, la desaprueba, castiga al que la comete, y permanece obstinado en el mal, y perdona al que se arrepiente; pero ya castigando, ya perdonando es igualmente feliz é imperturbable.

Uno de los principales fundamentos de los deistas contra la divina providencia, lo toman de los males, que se observan en el mundo. Wolfio dice: «Los que piensan que repugna á la bondad y sabiduria de Dios que haya males fisicos en el universo, y que toque en el una misma suerte á los buenos y los malos, estos tienen el caracter de deistas.»

Ellos esponen su fundamento de este modo. Si Dios es bueno, sabio y providente, ¿cómo permite que en el mundo esten los bienes mezclados con los males? cómo se ven los buenos y los malos envueltos en unas mismas desgracias, y algunas veces el justo se vé lleno de calamidades, cuando el pecador está abundante de todo y la fortuna siempre se le presenta con un semblante risueño? ¿no manifiesta esto, que Dios se descuida de las cosas humanas, y que no reparte las suertes,

conforme al mérito de cada uno? Si es providente, ¿por qué no separa las miserias á los justos, ó quita todos los males del mundo? «He aquí (dice el mismo Wolfio) el segundo fundamento del deísmo, que parece muy firme á los deístas.»

En el blasfemo é impío libro del sistema de la naturaleza se lee lo siguiente. «Fue preciso admitir en este Dios monarca cualidades contradictorias é incompatibles... Una bondad, una sabiduría, un poder sin límites. Despues de esto se refieren sus beneficios: despues se creé ver reynar el orden por todo el mundo. ¿Pero como podremos entre tanto dejar de atribuirle á esta divinidad la malicia, la imprudencia, y el capricho á vista de los desórdenes frecuentes y de los males sin número de que el genero humano es la victima ordinaria y todo el mundo es el teatro? ¿Como se le puede dejar de culpar de imprudencia, en viendola continuamente ocupada en destruir sus propias obras? ¿Como se puede dejar de sospechar su impotencia en viendo la perpetua inaccion de los proyectos, que se le suponen?» Estas y otras muchas blasfemias repiten frecuentemente la multitud de falsos filósofos, que adheridos firmemente á los impuros deseos de su corazon corrompido, limitan sus miradas á los términos estrechos de esta vida. Le manifestaremos su error haciendo ver que todos los males que se observan en el mundo pueden ecistir sin

que se destruyan las infinitas perfecciones de un Dios.

Hay tres especies de males, metafísicos, físicos y morales: los metafísicos son aquellas imperfecciones, que naturalmente deben hallarse en las criaturas, como seres finitos y limitados. Males físicos son aquellos dolores y miserias, á que se hallan espuestos los seres sensibles; y morales son los pecados; tristes resultados de los seres limitados, inteligentes y libres. El mal físico respecto de la naturaleza humana, segun nos lo enseña la revelacion, toma su origen del mal moral; pues en castigo del pecado de nuestro padre comun, quedó el y toda su posteridad sujetos á los dolores y la muerte, que jamás habrian ejercido sobre ellos su imperio, si la inocencia primitiva no se hubiera perdido.

Algunos filósofos han pretendido saber la cantidad del bien y del mal en el mundo; unos han dicho que hay mas males que bienes y este es el sentir de los maniqueos, cuya defensa ha tomado por su cuenta Bayle; otros dicen que hay mas bienes que males; no ha faltado quien sostenga, que hay una perfecta igualdad en unos y otros y los optimistas dicen que todos son bienes y ningún mal, porque de un mal resulta siempre un bien, y que lo que sea mal para el particular es bien para el comun. Nosotros no tomaremos partido en esta disputa y dejando al misantropo y melancólico, que en todo ha-

lla desgracias, al estravagante optimista y á los demas en sus opiniones solo nos reduciremos á demostrar nuestra proposicion.

Bayle tan aficionado á las paradojas no pudiendo conciliar la bondad de Dios con la existencia del mal, dice que la opinion de los maniqueos es la unica capaz de consolar al genero humano; despues estrechado por sus impugnadores, confiesa la falsedad del maniqueismo y conviene en que admitir dos principios es una opinion absurda é insostenible; pero como los nuevos filosofos del siglo 19. renuevan todos los errores, espondremos algunas razones con que se demuestra que no pueden ecsistir dos seres supremos uno autor del bien y otro del mal.

El principio del bien, ó pudo impedir el mal ó no pudo; si lo primero, debia contener á su contrario é impedirle que atigiese y arruinase las obras de sus manos; si lo segundo no es un ser que obra lo que quiere con una potencia infinita, pues el principio del mal le trastorna todos sus planes, y en ambos casos no seria Dios pues esto se opone á su idea: porque esta nos enseña que Dios es un ente necesario, adornado de todas las perfecciones, y por consiguiente nadie puede resistir á su omnipotencia. Nosotros desearamos que los factores del maniqueismo nos respondieran á las siguientes reflexiones que se hacen en las instituciones filosoficas del Arzobispo de Leon.

1.^a Dios es un ente infinitamente dichoso y la felicidad perpetua se incluye esencialmente en la idea de Dios; pero supuestos los dos principios de los maniqueos es imposible que el Ser supremo sea feliz. Los dos principios del bien y del mal se hallarian en un choque y enemistad eterna: el autor del bien se esforzaria á que solo hubiera bienes en el mundo; pero todo seria inútil porque el principio del mal oponiendose con todo su poder frustraria sus disposiciones, ¿y que se seguiria de aqui? una guerra perpetua sin poder ninguno de los dos obrar con libertad; sus deseos, y sus disposiciones serian inútiles, y no pudiendo el uno vencer al otro solo les quedaba el despecho y la desesperacion. Mas felices serian los hombres, que Dios, porque estos en sus males siempre tienen esperanza de remedio en esta vida, ya porque los tiempos y circunstancias varian, ó porque como mortales deben morir y con su muerte acabar sus desgracias temporales, y ya finalmente porque los que creen en Dios, viven en la verdadera religion y observan la ley, esperan despues de las miserias de esta vida pasar á un descanso eterno. Pero estos dos principios inmortales y eternos ¿que esperanza podrian tener de que sus enemistades acabaran siendo esencialmente enemigos?

2.^a Estos dos principios ó tenían una potencia igual ó desigual; en el primer caso no habria mal ni bien alguno en el mun-

do; porque ambos seres oponiéndose con iguales fuerzas ninguno de los dos podia salir victorioso, y puestas sus fuerzas en un perfecto equilibrio no podrian influir en la suerte del mundo, que caminaria con un movimiento ciego, y entregado al acaso, el fatalismo tendria fijado su imperio entre nosotros. Si uno de los dos principios era mas fuerte, que el otro solo veriamos bienes ó males, porque la potencia mas fuerte haria inútiles los esfuerzos de su contrario. ¿Como pues en esta opinion absurda de los maniqueos explicaremos la mezcla de males y bienes, que vemos en el mundo?

Bayle ocurre á que uno de estos principios ha cedido algo de su derecho en favor del otro; ¿pero será esto concebible cuando uno es esencialmente bueno y el otro esencialmente malo? ¿cómo despojarse de un derecho que les conviene por necesidad de su misma naturaleza? En las operaciones esenciales á un ente no hay libertad para tenerlas, ó carecer de ellas; luego estos principios jamas pueden transigir, y siempre deben obrar de igual modo oponiéndose con todo su poder: Despreciemos como es justo tan absurdas quimeras y busquemos el origen del mal en su verdadera causa.

Hemos dicho cuales son las tres especies de males, que se observan en el mundo y hemos indicado sus causas, espondremos estas con mas estension, para que la verdad

se presente con todo su esplendor, y se disipen las sombras con que el error por medio de vanos racionios pretende obscurecirla: comenzaremos hablando del mal metafísico.

Ninguna criatura, por la misma razon de ser un ente criado, puede carecer de los males metafísicos: ella no ecsiste por necesidad de su naturaleza, es finita y limitada; y por consiguiente, ni puede tener todas las perfecciones, ni las que tiene puede poseerlas en un grado infinito; de aqui vienen los males intrínsecos á toda criatura; la falta de algunas perfecciones y el modo imperfecto con que tiene otras son unos defectos en ella; pero defectos necesarios é inherentes á su ser: estos de ninguna suerte pueden oponerse á los atributos de un Dios criador; pues aunque es omnipotente y puede hacer todo lo que quiere, mas el no dar á las criaturas todas las perfecciones no es por debilidad de parte de Dios; sino por la limitacion de la criatura incapaz de recibir perfecciones infinitas, porque los atributos de una sustancia deben siempre acomodarse á ella.

De esto se sigue, que Dios, salva su santidad, omnipotencia, justicia, providencia y demas atributos, crió á los entes inteligentes y libres con una voluntad capaz de inclinarse al mal y pecar, pues esta potencia es un resultado de su natural defectibilidad.

Si los males metafísicos pueden ecsistir sin menoscabo de las perfecciones, tam-

bien pueden los males físicos, que vienen, en parte á las criaturas, por la misma imperfeccion de su condicion, espuesta á los dolores y la muerte; es verdad que si el hombre hubiera conservado la justicia de su origen primitivo le habrian sido desconocidos estos males, pues la muerte entró en el mundo por el pecado, pero porque despues de la caída de nuestro padre comun haya quedado sujeto á las miserias, ¿se inferirá alguna cosa contra los atributos de un Dios? nada, en verdad, pues en esto solo se manifiesta la justicia de un Dios, que castiga la desobediencia del hombre privandole de unos dones, que gratuitamente le habia concedido.

Demas: de estos males físicos se deriva mucha utilidad para el hombre, quien cuando se vé oprimido de las miserias, refrena los ímpetus de las pasiones desordenadas, se separa de los crímenes y busca en Dios el remedio que no puede hallar en las criaturas, y desprendido de ellas solo aspira á la verdadera felicidad. Esta utilidad la advirtió Plinio gentil, cuando decia; ¿á que enfermo solicita la avaricia, ó la liviandad? el no sirve á los amores, no apetece los honores, desprecia las riquezas y se halla satisfecho con poco, como que todo tiene que dejarlo, y entonces se acuerda que hay Dios y que el es hombre.

El mal moral, que es el pecado puede tambien ecsistir en el mundo, sin que se destruya alguno de los atributos divinos, porque

como este toma su origen del abuso que hace el hombre de su libertad; Dios de ninguna suerte es causa del; y si permite este mal es porque no tiene obligacion de impedirlo, ¿qué se seguirá, pues, de esto contra Dios? nada en verdad: el concedió la libertad á las criaturas racionales; mas este es un don apreciable, podia traerles mucho bien, y en efecto trae á los que no abusan del y andan por las sendas de la justicia ayudados de la gracia; esta libertad les hace correr al mérito y al premio y este es el fin con que Dios la concedió á las criaturas racionales.

Luego ni los males metafísicos dañan á la omnipotencia de Dios; ni los físicos á su justicia y sabiduría; ni los morales á su bondad. ¿Deistas orgullosos, vosotros á quienes, ó por una ignorancia temeraria ó una malicia atrevida os parecen incompatibles los atributos de Dios, con los males que se ven en el universo; venid á juzgar al Omnipotente; ¿quien de vosotros le arguirá de pecado? ¿por que parte le acusareis, con justicia de los males, que suceden en el universo? ¿cual de los divinos atributos se dañará porque las criaturas sean imperfectas, por la misma razon de ser criaturas, y no éntes necesarios como Dios, ó porque las mismas criaturas se hayan implicado en muchos males por haber abusado de los bienes que se les concedieron? si ¿hombres ingratos! Dios pudo no permitir los pecados; pero esto

sería acosta de nuestra libertad impidiendo nuestro mérito, pero mas bien quiso permitir nuestros pecados, y sufrir las ofensas que se le hacen, que impedirnos los medios para alcanzar nuestras coronas. Decid blasfemos deístas, ¿cual es mayor bondad en Dios, impedir sus ofensas negandonos sus bienes, ó permitir las por concedernoslos?

Un Santo Padre de los primeros siglos de la iglesia decia, que el preguntar por que Dios no nos crió tales, que aunque quisieramos pecar no pudiésemos, es lo mismo que preguntar por que Dios no nos crió sin uso de razon y libertad. *Qui hoc sciatur, cur non tales Deus nos creavit; ut si velemus minime peccaremus, itidem facere, atque si interrogarent cur non mentis et rationis expertes nos produxerit.* Lo mismo pensaba S. Basilio y Origenes habia dicho contra Celso.

¿Pero cual será la razon porque los filósofos deístas aborrescan de este modo nuestra razon y libre arbitrio y blasfemen contra el autor de estos bienes inestimables? ¿acaso un necio zelo de la gloria de Dios y un aborrecimiento de los crímenes? no es este el motivo, sino el mismo amor á los vicios, que estando de asiento en ellos quisieran escusarlos con la falta de razon y libertad.

Sus mismas contradicciones dan testimonio de esta verdad: se glorian de ser filósofos y humanos y reconocen su razon y libertad como la alhaja mas preciosa que en-

oblece su ser, y al mismo tiempo murmuran impiamente de Dios que nos concedió estos dones. Blasonan de tolerantes y aconsejan á todos que lo sean y despues de escalar la tolerancia reprenden á Dios, que permite que los hombres se separen de los caminos de la justicia.

Despreciemos, pues al estólido deísta, que pretende destruir la providencia de Dios, y sepamos que los males que se observan en el universo pueden ecsistir sin aniquilar alguno de los divinos atributos, y que si el hombre por su culpa se acarrea males con los beneficios mismos, que la liberal mano del Criador le ha concedido no es culpa del dador; sino del abuso del don recibido.

La hermosura no se afea porque algunos abusen de ella; la salud es un bien y muchas veces se sirven de ella los hombres para su ruina y las riquezas no dejan de ser un don de la mano de Dios porque el avaro encuentre en ellas el escollo de la virtud, si Dios dando hermosura, salud y riquezas no daña á su bondad, aunque no se haga siempre el uso conveniente de estos dones ¿por qué pues concediendo la libertad á las criaturas racionales obrará mal, porque se abuse de ella?

Concluyamos, pues, este discurso con asegurar que es tan cierto que Dios cuida de todas las cosas, como es cierto que las ha criado: que preside á todos los acontecimien-

tos: que nada de lo que hay es obra del fortuito, y que sin degradarse, vela en la conservación de las cosas por pequeñas y despreciables que nos parezcan. Esta es la creencia de todos los siglos y la evidencia nos testifica esta verdad.

¡O providencia adorable! ¿quién, sino el obstinado impio podrá desconocerte? tu como un torrente caudaloso te inclinas sobre el universo, y derramas abundantemente tus dones; tu afirmas el orden establecido, y das al hombre lo necesario para conservarse, y poder conseguir el fin para que lo habeis criado: tu ya ostentas la misericordia llamando y perdonando al delinquente, que habia separadose de la justicia, y ya das á conocer la justicia castigando al que persiste inflexible en el crimen: tu haces ver la sabiduría en el bello orden de cosas, que admiramos en el universo, y la justa economía, que se percibe en el, nos hace esclamar; justo es, Señor, justo es, ó Dios altísimo cantar la gloria de vuestro nombre, anunciar por la mañana vuestra misericordia, y celebrar por la noche vuestra veracidad en las promesas. Publiquen las gentes vuestras misericordias, y las maravillas, con que os dignais favorecer á los hijos de los hombres. Los que estan acostumbrados á navegar y comerciar por las aguas inmensas de los mares, son testigos de los portentos asombrosos que obra allí vuestra diestra; vos mandais y al instante se levanta

la borrasca impetuosa y se embrabecen y en crespan las olas; los navegantes ya remontados en el bajel hasta el cielo, ya sumergidos hasta los abismos, se aterrorizan á vista de riesgo tan inminente; conturbados y vacilantes no encuentran auxilio en la pericia de su arte; pero clamando á vos los librais de tan inminente riesgo, cambiando la tempestad en un viento suave, y haceis que las olas enmudezcan. Si, providencia adorable, vos á los pueblos que os desconocen oprimes con un sin número de calamidades cubriendo de confusión á los que les gobiernan, y abandonándolos á la imprudencia que los estravia; mudais sus terrenos antes fertiles en tierra estéril, como la arena del mar, y secando las fuentes converttis en áridos desiertos las tierras, que antes bañaban. Mas cuando los hombres os buscan les llenais de felicidades, regais los paramos desiertos, y las campiñas secas; bendecis los sembrados y haceis que prosperen sus frutos; pero el deista necio no atiende á estas cosas y solo el sabio las medita, y publica vuestras misericordias.

CAPÍTULO VII.

Discurso sobre la espiritualidad, é inmortalidad del alma.

Que cosa sea el alma, es una cuestion que los libertinos se empeñan en confundir,